

LA RÍA: ÚLTIMOS METROS

Miguel Harina Mitxelena



📷 Juan Miguel Lacunza.

Azul, roja, granate, verde. Colores cambiantes para el agua que corría arriba y abajo con las mareas ante la ventana de mi habitación. Con espuma, negra, con manchas oleosas, variada, donde tirábamos piedras a ver quién conseguía atravesar el ancho y alcanzar la orilla inexpugnable de Levadura Danubio. Nunca lo había pensado hasta hoy, qué ironía fina, Danubio, el río que cruza Budapest, Viena o Belgrado, mucho menos importante que el Oiartzun, testigo diario de la vida de Errenteria.

Una visión hoy de los últimos centenares de metros de la ría, con *bidegorri*, paseo, aceras, zonas de juegos, personas paseando, corredores, patinadores, confirman el hecho del siglo que quedó atrás, olvidado y casi oculto por el nuevo.

Luego lo supimos, al menos se le puso nombre, la pequeña Manchester, Rentería setentera industrial, galletas, papel, lino, lana. Donde nadie conocía el lejano significado de “plan integral de

residuos”, donde lo sobrante iba al río que iría a dar al mar. Sin más, sin planteamientos de futuro ni de presente. La época del punk, *No future*, en el agua rosa, morada, amarilla, con el reflejo del arcoíris falso, sin peces, sin vida.

Pero era el río que teníamos. Una imagen, una metáfora de lo que era la villa, trabajo y lucha, sin complacencias ni diletantismo.

Un recorrido por sus últimos metros explicaba su paisaje urbano; en otro mundo distinto al rural que llegaba desde Aiako Harria. El río, aceptando la realidad, mudaba su imagen: barandilla pétrea, gris oscuro, acera de cemento, y una zona verde casi sin hierba que servía de aparcamiento a los coches; al lado la calzada, comenzando por la gasolinera, la parada de la *patxanga*, la caseta metálica de la Cruz Roja. Y al final la explanada del Matadero, obviando la crudeza del nombre al que nunca me acostumbraré, llena de camiones y furgonetas, suciedad, con un fin de paseo oscuro, sucio y quizá peligroso.



📷 Juan Miguel Lacunza.

La margen derecha, con la fábrica química Danubio, y los depósitos temibles de Campsa, gasolina por miles de litros, vertidos, escapes y peligro. Decía la leyenda urbana que si explotaba, Iztietia entera sería tragada por la tierra en un socavón descomunal provocado por el estallido. Nunca lo supimos.

Pero la ría, al igual que el Nilo, a pesar de los años, de las décadas, seguía subiendo y bajando acompasada con las mareas, asumiendo su papel, nada alteraba su curso, y a pesar de su paso dificultoso, seguía indicando el camino del mar.

Podría entenderse que ese río, nuestra ría, reflejaba el devenir del municipio. Y si era así, algo estaba fallando. Así, hasta que llegó a

su límite, al punto donde comienza el retorno inesperado.

Aquello no podía durar para siempre. Se hartó, nos hartamos, y las circunstancias colaboraron. Errenteria cambió, la economía decidió que éste ya no era lugar para la industria. El tiempo, y a lo mejor una ayuda de la fortuna, confirmaron eso de que nunca te bañas dos veces en el mismo río, que todo cambia y nada permanece. ¿Sería cierto?

Y aquella visión permanece en la fotografías, en el recuerdo y escondida en la retina de quienes vivieron aquella imagen. Los últimos metros, los últimos cientos de metros, la desembocadura del Oiartzun, absolutamente distinta entonces, como Errenteria, de su imagen actual.